

7 900 millas

Cris Ginsey



LES erótica | romántica

Cris Ginsey

Cris Ginsey nació en Málaga y es psicóloga y escritora en sus minutos libres. A pesar de comenzar escribiendo fantasía desde pequeña, lo primero que publica en internet son relatos eróticos bajo el seudónimo de «Miss Ginsey» desde 2011. Es en 2015 cuando se atreve a escribir historias con más contenido y profundidad, que se pueden catalogar como comedia erótica-romántica, primero en su blog personal (*La bollería de Ginsey*, que comparte con Anna Pólux) y más tarde en plataformas de lectura online, historias como *Las dos caras del amor*, escrita a cuatro manos y con más de 400 000 lecturas en total. En el año 2017 autopublica dos libros, *La tentación vive al lado* y *Cantando bajo la nieve*; con LES Editorial publica en 2018 *Cosas del Destino: El diario de Claire Lewis* y *Cosas del Destino: El efecto mariposa*, escritas junto con Anna Pólux, y en 2019, *12 700 km*, su último libro en solitario, que continúa con *7 900 millas* (2021). Su pasatiempo favorito es la creación de la personalidad de sus protagonistas y su círculo más cercano, intentando que sean complejas y realistas, para que las lectoras puedan verse reflejadas en ellas y aprender juntas en el viaje de cada lectura.

 @MissGinsey |  @labolleriadeginsey

Conocer a Virginia ha cambiado los esquemas de Amanda, la distancia puede llegar a dar mucho miedo y echarse de menos es cada vez más doloroso. Tras las videollamadas interminables siempre necesita más. La rutina en Melbourne no es sencilla y su nueva relación de pareja trae problemas que no se esperaba. Poco a poco se da cuenta de que su idea de vida perfecta es en realidad un refugio donde se esconde de sus verdaderos sueños. Perseguirlos supondría decirle adiós a demasiadas cosas que no es capaz de dejar atrás y enfrentarse a un muro que no sabe si podrá saltar, pero por primera vez en mucho tiempo hay alguien por quien merece la pena intentarlo.

La historia de amor de Gina y Amanda continúa en 7900 *millas*, esta vez a través de los ojos de la australiana. Cris Ginsey nos habla en este libro del amor a distancia, de la familia y la amistad, la salud mental y cómo el pasado nos puede afectar en el presente y, sobre todo, en el futuro.

7 900 millas

Cris Ginsey

LES
editorial

Primera edición: febrero de 2021

© Cris Ginsey, 2021

© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2021

© Antonia Leiva (@ansdrela), ilustración de la portada, 2021

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.

www.leseditorial.com

info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-17829-38-4

IBIC: FA, FP, FRD

Producción del ePub: booq̣lab

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

*Sin tu ayuda este libro no existiría,
así que es para ti.*



¿Quieres escuchar la banda sonora de esta historia?

Contenido

Cris Ginsey

Sinopsis

Créditos

Dedicatoria

Playlist

Anteriormente en 12 700 km

1 Un truco de magia

2 Kilómetros hacia Virginia

3 No es fácil decir adiós

4 Vuelta a la rutina

5 Sueño americano

6 Cerca

7 Cita a distancia

8 La conversación

9 El plan perfecto

10 Reencuentros

11 Primer día en San Francisco I

12 Primer día en San Francisco II

13 La falda de flores

14 La guerra de las galaxias

15 De vuelta a Melbourne

16 Reencuentros

17 Cambios de rutina

18 Miedo

19 Nuevos planes

20 She Keeps Me Warm

Epílogo

Anteriormente en 12 700 km

Gina es una chica que vive su vida feliz, practica deporte y le encanta estar con sus amigos, hacen reuniones regulares y se entretienen con juegos de mesa, especialmente con el Catán. Además, escribe *fanfics* lésbicos que sube a internet y tiene bastantes seguidoras.

Esta historia empieza dos años atrás con el cumpleaños de Gina, en ese momento conocemos a Teri, un *crush* muy grande de nuestra protagonista. Una chica rubia y muy mona a la que invita a su cumpleaños y ¡acepta! Entre palabras insinuantes y guiños se besan, tienen sus sensualidades y se fuman juntas el primer porro de Gina.

El drama surge cuando su hermana, Patrice, y también deportista, la pilla fumando, lo que no le gusta nada de nada. Discuten, sale cabreada a la calle seguida por Gina y... se ve involucrada en un accidente. En el presente descubrimos que Patrice perdió una pierna y que todos los planes que tenía para su vida se han venido abajo. La buena relación de las hermanas se ha esfumado y Gina lleva años arrastrando un gran sentimiento de culpa.

Teri sigue en su vida, no de forma romántica (se acuestan alguna que otra vez) y ya no es rubia ni mona, ahora ha salido del cascarón y se muestra como realmente es.

A pesar de ser un grupo bastante unido, su mejor amiga es Liv, que al inicio del libro tiene una relación con Elliot, el mejor amigo de Gina. Pero Liv se da cuenta de algo, rompe con Elliot y confiesa que no puede dejar de mirar con ojitos a cierta chica ex amante de Gina: Teri. Gina descubre más tarde ¡que a Teri también le gusta Liv! Aunque ellas no se dicen nada, Gina las

shippea mucho. La primera parte nos deja con la incógnita, ¿Teriv será real?

En ese grupo también están Tom y Jerry, que pasan de estar bastante presentes a desaparecer sin motivos aparentes. Y Elliot empieza a ir más a su pueblo natal con Gina, una vez que esta retoma la relación con su hermana... En este reencuentro tiene mucho que ver la nueva persona que ha aparecido en su vida: Amanda.

Pero volvamos atrás.

Como ya sabemos, Gina escribe *fanfics*, y una de sus lectoras fieles le hace una crítica que le sorprende: escribe demasiadas sensualidades. En un primer momento, Gina se mosquea un pelín, pero después empiezan a hablar y todo bien. Vaya, más que bien. Mejor que bien porque se acaban enamorando, pero... —siempre hay un pero— esta chica, Amanda, es de Australia y a Gina le pilla un poquito lejos. Aun así, llega un punto en que necesita conocerla en persona, así que lo da todo para ir a un torneo de voleibol mundial que se celebra en Sídney.

El encuentro es bonito, pero Gina pensaba que Amanda sentía lo mismo (*spoiler*, siente lo mismo), sin embargo, descubre que le ocultó algo, algo realmente importante: Amanda tiene novio.

Pero también Amanda está enamorada de Gina, y lo confirma cuando la ve por primera vez en persona. Si no se ha atrevido a dejar a su novio, ha sido porque llevan mucho tiempo juntos, lo quiere y siente que le debe mucho por su apoyo tras la prematura muerte de su padre.

Finalmente, cada una vuelve a su ciudad natal, Amanda acaba dejando a su novio, Gina y ella no dejan de hablar y planean el próximo encuentro. Esta vez, por fin, se dan su primer besito (y los siguientes), sensualidades, todo es bonito y hermoso. 12700 *km* termina con una despedida llena de promesas.

En esta segunda parte conoceremos más a Amanda, su pasado, sus relaciones, su día a día, sus pensamientos y sus

miedos. Es algo tímida, ya lo sabemos, y aun así se va a abrir, nos va a mostrar cosas que ni ella es capaz de mirar. También que a veces es necesario echar la vista atrás para impulsarse hacia delante.

Te deseo una feliz lectura de la segunda parte de esta historia. Agárrate bien fuerte a los asientos de este avión, porque ya sabes lo que dicen... una relación a distancia no es algo fácil, y tal vez Gina no sea la persona que impulse a Amanda a dar un paso adelante.

1

Un truco de magia

Febrero de 2002

—Ten cuidado, Jacob —suplicó su madre mientras su padre subía las escaleras hacia el desván.

—Tranquilas, esto lo tengo más que controlado.

—No le va a pasar nada —tranquilizó a su mamá—. Papá es el mejor mago de la historia y puede protegerse de todo.

Nada más terminar la frase su padre tropezó, nunca supo si queriendo o de verdad, pero las hizo reír a su madre y a ella. No tardó más de dos minutos en volver a bajar con una pequeña sonrisa asomada a los labios.

—La trampa está puesta, ningún ratón asustará más a mis chicas —dijo con voz grave—. Mirad lo que he encontrado. —Sacó una linterna gigantesca—. ¿No te apetece hacer excursiones como las de antes? Seguro que a Mandy le encantan las historias de miedo junto a la hoguera —murmuró con voz tenebrosa.

—¡Sí! ¡Sí! —dijo rápidamente, alzando los brazos y mirando a su madre, que a su vez observaba a su padre con gesto poco convencido.

—Pero tiene seis años...

—Soy mayor.

—Es mayor, Mariam, e irá con nosotros y un guía.

—No lo sé... —dudó.

—Por favor —pidió ella con las palmas de las manos unidas debajo de la barbilla.

Le encantaban las fotos que tenían sus padres de todas las veces que habían ido de *camping* para hacer rutas y ver animales.

A ella le gustaba verlas y a su padre enseñárselas.

—Una excursión en familia de un par de días y vemos si le gusta —accedió la mujer—. Y porque sé que te hace ilusión —le dijo a su padre, que sonrió ampliamente y se acercó para darle un beso en los labios.

Ella se puso roja con la escena y desvió la vista hacia otro lado, aunque continuó mirando de reojo, porque sus papás se querían mucho. Su papá le dijo una vez que a su mamá le daba miedo que se hiciera daño, pero él siempre le aseguraba que ella era valiente y que podía hacerlo todo. Así que lo intentaba y si no le salía bien, sus padres siempre le decían que la siguiente vez lo haría mejor. Como cuando en el colegio perdía contra sus compañeros jugando al señor lobo y ellos jugaron con ella hasta que una vez ganó.

—Tenemos que celebrarlo —dijo su padre de repente, y ella lo miró con una sonrisa mientras la cogía en brazos—. Dime qué te apetece comer.

—¡Pizza!

—Está bien, dime de qué la quieres, pero tiene que ser rápido, muy rápido.

—Eh... eh... —Se ponía muy nerviosa siempre que no lo tenía del todo claro, su padre ya la había depositado en el suelo, frente a la puerta de la entrada, y tenía en la mano su varita negra de puntas blancas—. Eh...

—Cariño, se acaba el tiempo, la varita empieza a temblar.

Ay, que estaba temblando de verdad...

La observó conteniendo el aliento cuando su padre apuntó con ella hacia la puerta, salió confeti no sabía de dónde y sonó el timbre. Alzó las cejas, totalmente sorprendida al descubrir al repartidor de *pizza* justo allí y se giró hacia su madre sin variar la expresión de su rostro. Se la encontró sonriendo ampliamente, en cuanto la mujer le vio la cara imitó su gesto sorprendido y a ella se le escapó una risita.

—Vaya, han traído dos... —Su padre abrió las cajas para comprobarlo después de pagar y despedirse del chico—. Jamón y queso, y la otra de beicon. ¿Te gustan?

—¡Sí! ¡Sí!

—Preparamos la mesa entonces y ¡a cenar!

—¡Voy a lavarme las manos! —dijo emocionada, echando a correr hacia el baño. Su papá era el mejor mago de la historia de verdad.

Antes de llegar al lavabo volvió a sonrojarse al escuchar el sonido de otro beso.

Noviembre de 2005

—¡Papá!

Puso morros al no verlo por ninguna parte, y empezó a correr por el jardín de la casa de sus abuelos. Su padre la asustó al cogerla en brazos emitiendo un gruñido y ella soltó varias carcajadas mientras le hacía cosquillas.

—Para, para —suplicó sin aliento por tanto reír.

El hombre acabó soltándola en el suelo y se agachó para quedar a su altura y mirarla fijamente.

—Has encontrado el lugar del tesoro, pero no te lo he puesto tan fácil. —Ella aplaudió sin querer, presa de la emoción del momento—. He hecho un mapa.

Su padre le tendió un pedazo de papel y ella lo sujetó, intentando localizar en aquellos dibujos lugares conocidos donde podría haber escondido el tesoro. El árbol del columpio, la casita de madera, los troncos para la chimenea del abuelo... Lo giró, intentando que todo quedara como ella lo veía desde su posición, y su padre se levantó, dispuesto a acompañarla en su búsqueda. Rio al descubrir el regalo mal escondido entre unos arbustos del

jardín y lo cogió contenta, no perdió el tiempo y se sentó allí mismo, en el césped, para poder abrirlo. Su padre la imitó, acomodándose frente a ella, y cuando arrancó el papel violeta que lo envolvía se encontró con la figura de un hada.

Abrió la boca con sorpresa y miró a su padre.

—Mentira.

—Verdad. —Le sonrió.

—Pero dijiste que...

—Te la hemos comprado entre todos, no te preocupes, Amanda. Eres muy joven para estar preocupada por el dinero.

Cerró los ojos al sentir que le acariciaba la mejilla y se levantó para abrazarlo, dejando antes la figura sobre el papel arrugado.

—¡Me encanta, papá!

—Ahora podré contarte los cuentos de hadas con una gran protagonista —dijo mientras la estrechaba entre sus brazos.

—¡Sí! Cuéntame uno ahora.

Le encantaban las historias de hadas de Escocia, su padre se las sabía todas. O casi todas, porque siempre había tenido la teoría de que algunas se las inventaba, pero le quedaban muy bien, así que ella se las creía y le parecían igual de fascinantes.

—La abuela ya casi tiene lista tu comida de cumpleaños.

—Una rápida, por favor.

Unió las manos bajo la barbilla y su padre miró hacia los lados, comprobando que nadie lo vería rendirse a aquel ruego, antes de suspirar.

Siempre siempre acababa cediendo ante sus súplicas.

Mayo de 2009

—Papá está en la panadería, ¿tienes ganas de tu dulce de chocolate?

Sabía que se lo preguntaba porque estaba muy callada, pero le contestó encogiéndose de hombros mientras seguía mirando el suelo. No tenía hambre, no después de tantos días aguantando la misma historia en el instituto.

—¿Te ha pasado algo? —dijo finalmente su madre y ella volvió a contestar con el mismo gesto—. Cariño.

—Me han insultado.

La mujer dejó de caminar, se puso frente a ella para mirarla y le apartó un mechón de pelo escapado de la coleta.

—¿Qué? ¿Qué te han dicho?

—Carabollo.

—¿Por qué?

—Porque soy la hija de los panaderos.

—¿Y ser la hija de los panaderos es malo? —Volvió a encogerse de hombros—. ¿Te acuerdas de lo que te dijo tu padre?

—Que el pan se come todos los días.

—Estamos dando a la gente algo que se consume diariamente, ¿crees que tus compañeros no comen pan o bollería?

—Sí, en el recreo comen...

—Seguro que si gente como tu padre no hiciera pan, lo echarían de menos.

—Pero también dicen que nuestra familia es la más pobre de Melbourne y que nos moriremos de hambre.

—¿Por qué dicen eso?

—Porque nos robaron.

—Nos recuperaremos, Mandy.

Asintió con un movimiento de cabeza, aunque tenía ganas de llorar. Su madre no quedó muy satisfecha con aquella conversación, pero volvieron a retomar el camino hacia la panadería. Le daba mucha pena cada vez que llegaban y se la encontraban vacía, pero su padre no dejaba de hacer pan o bollería ni un solo día. Se aseguraba de tener género de sobra para los que decidieran comprar allí.

Quizás algún día se llenaría de gente.

—Ya estás aquí, cariño —saludó su padre con una gran sonrisa. Esa que nunca perdía.

—Hola, papá —dijo al pasar el mostrador para acceder a la trastienda.

Se sentó en la mesa y se colocó la mochila sobre las piernas sacando los libros y libretas que necesitaba para hacer los deberes.

Los escuchó hablar fuera, pero no prestó demasiada atención, porque ya estaba llorando. Le molestaba que su padre y su madre trabajaran tanto para no conseguir nada. Se merecían todo lo mejor, porque eran los mejores padres del mundo, y le hacía daño que fueran objeto de burla e insultos en el instituto a causa de su negocio.

—Mandy, cariño.

Era su padre y lo miró, sorbiéndose la nariz e intentando que no se notara que estaba llorando, a pesar de que sabía que resultaba evidente. El hombre le secó la mejilla con los dedos.

—Siempre se meten conmigo.

—¿Por ser la hija del panadero? —Ella asintió—. ¿Sabes? No me arrepiento de nada ni debería importarnos eso que dicen, porque creo que es un trabajo muy bonito. Tuve que dejar los estudios cuando el abuelo falleció. —Eso no lo sabía—. Me encargué de la panadería desde entonces, y admito que es muy duro y sacrificado, pero me encanta venir aquí cada mañana, aunque solo compren pan cinco personas. Sé que esas cinco personas lo disfrutan y agradecen poder tenerlo sobre la mesa.

—Pero no me gusta que digan cosas malas de vosotros.

—La gente va a hablar siempre, Mandy. Nos vaya bien o nos vaya mal. Es imposible que lo que hacemos le guste a todo el mundo. Tenemos que aprender a centrarnos en nosotros mismos y preguntarnos si lo estamos haciendo bien y si merece la pena. Si es lo que realmente queremos hacer, si nos gusta...

—¿Y te gusta?

—Este trabajo me encanta, cariño. —Su padre le apartó el mismo mechón que volvió a escapar de su coleta—. Lo que más me gusta es cuando vienes del instituto y meriendas aquí con nosotros, y cuando te manchas por todas partes de chocolate —dijo divertido, pasándole el pulgar por la barbilla.

Soltó una risita al sentirlo y se apartó de él, pero se acordó de que en su instituto no entendían lo increíble que era aquel lugar y su sonrisa se desvaneció de nuevo. ¿Cómo podían no disfrutar de ese sitio, de lo que su padre hacía con tanto cariño...?

—Dicen que somos unos pobres, que nunca tendremos dinero y que nos moriremos de hambre —dijo entristecida y se limpió un par de lágrimas que trataban de escapar por sus mejillas—. No me gusta ir a clase, es una mierda.

—Eh, nada de palabrotas, jovencita.

—Lo siento —murmuró agachando la cabeza—. Pero ellos siempre las dicen...

—No te pongas a su altura. Nos habrán robado. —Oyó unos pasos y al mirar hacia la puerta vio a su madre asomada observando la escena—. Y no tendremos mucho dinero, pero tenemos educación, nos tenemos entre nosotros y somos gente buena, Mandy. No lo olvides.

—Os quiero mucho —susurró y desvió la vista a su madre, que se acercó a ella para abrazarla. La mujer la apretó contra su pecho mientras su padre le agarraba la mano y se la besaba.

—Y nosotros a ti.

—Por cierto, en casa te espera una sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —preguntó, dejando atrás aquel malestar e intrigada por la forma en que su padre la miraba con media sonrisa.

—Una sorpresa saltarina.

Junio de 2010

—¡Sìthiche!

No sabía cómo corría tanto, llevaba persiguiéndolo un rato, porque como sus padres lo pillaran fuera de la jaula iban a castigarla. Pero es que no podía tenerlo encerrado tanto tiempo, le daba mucha pena.

—¡Sìthiche! —susurró, porque escuchaba voces en la cocina, y su mascota se dirigía directa a ella.

Demonios, iban a pillarla.

—Tienes que decírselo, Jacob.

Paró en seco al escuchar la voz de su madre, ¿estaba llorando?

—Quizás el tratamiento funciona y nos ahorramos asustarla.

—Ahora soy yo la que te lo pide, por favor. Tiene catorce años, no es justo, tiene que saberlo.

¿De qué hablaban?

—No puedo hacerlo, Mariam. No quiero que tenga que enfrentarse a la idea de que su padre...

Silencio, silencio, porque a su padre se le había roto la voz. Se asomó a la puerta y los vio abrazados, lloraban los dos. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué lloraban? ¿Había pasado algo en la panadería? ¿Les habían robado otra vez?

—¿Y qué vas a decirle si pierdes el pelo?

—Me raparé mañana mismo, no pasa nada.

Su madre se separó de él y lo sujetó por los hombros, jamás los había visto así, mirándose de esa forma tan seria. ¿Por qué iba a perder el pelo su padre?

—Jacob, no seas valiente ocultándolo. Sé valiente explicádoselo.

—Mandy no se merece esto, es todavía una niña y no quiero que... No puedo hacerle esto, ¡joder!

Le sorprendió que su padre dijera una palabrota. Respiró profundo y entró a la cocina. Su padre siempre le decía que tenía

que ser valiente y quizás en ese momento necesitaba que lo fuera de verdad, por los tres. Quería que supiera que podía decirle lo que fuera que necesitara decir.

—M-me lo podéis contar. No tengas miedo, papá —dijo convencida, aunque le temblaba la voz.

Sus padres la miraron y entonces Sìthiche hizo acto de presencia, saltando por la cocina. Oh, no... Tenía que pensar algo rápido, porque sus padres miraron a su mascota a la vez antes de devolver la vista a ella.

—Os prometo que quería meterlo en la jaula, pero se me ha escapado y...

Su padre la envolvió en un abrazo y ella se lo devolvió, sin saber qué estaba pasando. Por primera vez en su vida le pareció que era él quien lo necesitaba y no ella.

—Mi niña —dijo en un susurro y le besó el pelo, enseguida sintió que su madre se unía al abrazo—. No sabéis lo afortunado que soy a vuestro lado.

Octubre de 2010

No recordaba un día en el que no hubiera llorado. Todos y cada uno de ellos, porque no soportaba ver cómo su padre se iba apagando. No lo soportaba, era sofocante, doloroso y horrible. Sollozó y Cyndi la abrazó con más fuerza.

—Nadie está preparado para estas cosas, Amanda —dijo Cyndi mientras le acariciaba el pelo.

—Solo quiero estar con él, pero no me dejan —protestó entre lágrimas—. Yo también quiero pasar las noches allí, aunque me duela verlo así.

Su amiga estaba siendo un soporte increíble durante esos meses, y se veían a diario, porque la rubia insistió en que

necesitaba desconectar aunque fuera por un rato. Pero no era fácil, cuando no estaba con su padre de forma física lo estaba mentalmente.

—Mi madre dice que, si quieres, te lleva al hospital, ya lo sabes.

—Tranquila, cogeré el primer autobús que pase.

—Sigue teniendo esperanza, Amanda.

—La tengo, sé que se va a recuperar, va a volver a casa y estaremos como siempre.

—Seguro que sí.

Dejó que Cyndi la abrazara una vez más antes de levantarse de la cama y dirigirse a la salida de la casa. Se despidió de la madre de su amiga y fue directamente a la parada del autobús que la llevaría de vuelta al hospital. Allí ya la conocían, la saludaban hasta por su nombre. Fue directamente a la habitación de su padre y se encontró a su madre allí, echada sobre la cama y agarrándole la mano. Parecía que los dos dormían, así que trató de no hacer ruido al dejar el bolso sobre el sofá.

Por una parte quería mirarlo, pero por otra verlo así le hacía daño y le daba mucho miedo. Su padre siempre había estado bronceado y su piel ahora estaba pálida, sus brazos fuertes fruto de tantos años trabajando en la panadería se habían debilitado y en esos momentos juraría que estaba incluso más delgado que ella —y eso que desde que supo de su enfermedad tanto su madre como ella habían bajado de peso—, pero había algo que se mantenía inalterable: su sonrisa. A veces le daban ganas de gritarle que dejase de actuar delante de ella, que ver su sonrisa también la hacía llorar. Él quería hacérselo más fácil, protegerla, o eso pensaba ella.

Lo miró de reojo y aguantó las lágrimas mientras se ocupaba de arreglar el jarrón de flores que tenía siempre preparado a su lado. No sabía si le gustaban, pero sonreía al verlas y eso era lo importante. Contempló las marchitas unos segundos antes de separarlas de las que aún estaban frescas. ¿Al final todo es así?

Vas apagándote hasta que ya no estás vivo. Hasta que te marchitas.

Ella no quería que su padre muriera, ¿por qué le había pasado eso a él? Si nunca le había hecho daño a nadie, si era bueno, si la hacía reír y la sorprendía con todos sus trucos de magia.

Sintió que la agarraban de la mano y miró a su padre con ojos tristes.

—Sonríe, cariño —le dijo mientras él ya lo hacía.

—Me cuesta mucho —murmuró.

—Siento estar así en el mes de tu cumpleaños.

—No es culpa tuya, papá.

Su madre abrió los ojos y la miró desde el otro lado de la cama, era evidente que había estado llorando. Habían pasado los meses más horribles de sus vidas, pero seguían confiando en que se recuperaría. En agosto pasó unos días bastante bien, pero una vez entró septiembre empezó a empeorar otra vez y tuvieron que cambiarle el tratamiento a otro más fuerte.

—Ven aquí conmigo —le dijo su padre y ella se tumbó a su lado, dejando que le rodeara el cuello con el brazo en el que no tenía las vías—. No os hacéis una idea de lo afortunado que soy de teneros aquí a las dos.

—Os quiero mucho —murmuró, escondiendo el rostro en el pecho de su padre, se le escapó un sollozo y sintió la caricia de su madre en el brazo.

—Y nosotros a ti, Mandy —dijo la mujer.

Noviembre de 2010

—Está muy guapa —escuchó la voz de su padre que hablaba desde la cama, ella se hacía la dormida en el sofá e intentó no

llorar para que no supieran que estaba escuchándolos—. Cansada y triste —murmuró apenado—, pero muy muy guapa.

—Se parece a ti.

—No mientas, está claro que es igual de guapa que su madre.

Su padre rio y escuchó el sonido de un beso.

—Qué tonto eres.

Sonrió sin querer y esperó que no la pillaran haciéndolo, porque no le gustaba espiar sus conversaciones, pero era la única forma que tenía de enterarse de la verdad, de cómo estaba su padre realmente.

—Siento todo esto, Mariam. Lo siento de verdad. —Abrió un poco un ojo y vio cómo entrelazaban sus manos—. He intentado aguantar por vosotras, te lo prometo.

Ella ya estaba llorando otra vez

—Lo sé, eres muy fuerte y estoy convencida de que vas a poder con esto.

—No, Mariam, no puedo más. Son muchos meses luchando y no puedo más, estoy agotado.

No, papá...

—¿Qué quieres decir, Jacob?

—Que siento mucho dejaros a Mandy y a ti... Que siento haber perdido esta lucha... Que siento dejaros un negocio que no funciona, tantas deudas, estos meses horribles... —Su padre respiró profundamente, ambos estaban llorando—. Solo espero que no os echen de nuestra casa, que aguantéis un poco más, que encuentres un trabajo en el que te paguen bien...

—Jacob, no digas tonterías, por favor. No puedes irte.

—Mariam... —Su padre tosió y ella apretó la manta fuerte con el puño—. Lo siento, de verdad, y os quiero muchísimo y os voy a echar mucho de menos. Y no sabes cómo me jode perder contra esta mierda.

—Jacob...

—Déjame decírtelo, por favor. Gracias por haberme dado la oportunidad de pasar estos años increíbles a tu lado, gracias por haberte enamorado de mí a pesar de ser un tonto, por haber querido formar esta increíble familia conmigo... Amanda y tú habéis sido toda mi vida. Sois mis mejores recuerdos y no me voy a olvidar de ellos, te lo prometo.

—No te despidas, Jacob, aún nos queda mucho tiempo juntos.

—Quiero que te enamores de nuevo, Mariam.

—Yo no...

Al final a ella se le escapó un sollozo, su madre se calló y los dos la miraron.

—Mandy, ven —dijo su padre, que otra vez sonreía, aunque apenas podía mantener los ojos abiertos—. ¿Preparada para un nuevo truco de magia?

—Papá...

—Dime, cariño, ¿qué te gustaría cenar? —No pudo contestar porque lloraba demasiado—. A mí me apetece una de jamón y queso —siguió el juego que compartían desde que era una niña—. Abre mi mano. —Lo hizo y vio unos billetes en ella—. Tráelas para que cenemos en familia, ¿vale?

—Vale, papá.

—Qué mayor te haces... No sabes lo orgulloso que estoy de ti —dijo con los ojos iluminados—. Dale un beso a tu padre, y no tardes, que me muero de hambre.

Se inclinó y le besó la mejilla antes de serenarse y secarse las lágrimas. Hacía semanas que su padre no comía nada.

Cuando volvió con las pizzas, su papá ya se había ido.

Noviembre de 2010

Le era imposible dejar de llorar y mucha gente se quedaba mirándola cuando pasaba caminando por su lado, pero ella tenía un objetivo muy claro en la cabeza. Paró frente a la panadería y miró fijamente la fachada unos minutos antes de arrancar el cartel de «Cerrado por enfermedad», arrugarlo y tirarlo al contenedor correspondiente más cercano.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano antes de sacar las llaves que había cogido de casa sin pedir permiso y abrió la puerta. La panadería llevaba cerrada desde julio y se notaba por todos lados que no había entrado nadie en mucho tiempo. Lo primero que hizo fue acercarse al mostrador, casi podía ver a su padre tras él, sonriente como siempre, recibéndola con un dulce a la vuelta del colegio. Se le escapó un sollozo y se dirigió a la trastienda, a la zona de los hornos y de la pequeña oficina, donde sus padres hacían las cuentas y ella los deberes.

Vio aquella fotografía enmarcada en la que aparecían los tres frente a los hornos mientras calentaban pan, la cogió y la abrazó contra su pecho, arrodillándose en el suelo al notar que sus piernas eran incapaces de sostenerla.

Su papá se había ido.

Su papá se había ido, pero ella podía hacer que siguiera un poco allí.

Se levantó, fue hacia el mostrador y colocó la imagen de su familia junto a la caja, de cara al público. Esa panadería era de su familia y su padre iba a estar orgulloso de ella, estuviera donde estuviese. Buscó las cosas para limpiarlo todo a fondo, quería prepararlo para abrir al día siguiente. Ni el negocio iba a hundirse, ni iban a tener más deudas, ni su madre ni ella se iban a quedar en la calle, porque aquello tenía que funcionar. Tenían que hacer más pan, cuanto más pan hubiera más pan comprarían.

O eso pensaba ella.

Tardó varias horas en dejarlo todo limpio y tuvo que encender las luces a mitad del proceso, porque se le hizo de noche. Nunca

había amasado ni calentado pan, pero había visto a su padre hacerlo millones de veces, así que con la libreta donde tenía apuntadas las cantidades y su memoria empezó a hacer la primera tanda de barras de pan.

No salió bien, se le quemó todo y se asustó cuando vio salir tanto humo del interior del horno. Sacó la bandeja y se le cayó al suelo, al ver las barras completamente negras empezó a llorar de nuevo. Casi de inmediato la abrazaron por la espalda y pudo reconocer el olor de su madre.

—Mamá... —sollozó y se giró para poder abrazarla ella también.

—No me des estos sustos, por favor. No desaparezcas así.

—Lo siento mucho, yo solo quería...

—Lo sé, cariño. Lo sé.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo entre lágrimas y se separó para mirarla—. ¿Qué vamos a hacer sin papá?

—Papá nos quiere ver unidas, no quiere que nos hundamos.

—No quiero que se vaya...

Aunque ya se había ido.

—Va a estar siempre con nosotras. Me lo prometió y te aseguro que tu padre siempre cumple sus promesas.

Su madre lloraba también, y su voz rota le hacía aún más daño. Se quedaron unos minutos abrazadas sin moverse de allí, después se separó para mirarla.

—¿Qué hacías aquí?

—Quiero que la panadería funcione. Quiero aprender a hacer pan, quiero que esto funcione... por papá.

Su madre pareció dudar unos segundos, con los ojos aún bañados en lágrimas, y observó el sitio de forma detenida.

—¿Lo has limpiado todo? —Asintió al escuchar la pregunta—. ¿Quieres que te enseñe cómo hace el pan la familia Simpson?

2

Kilómetros hacia Virginia

Enero de 2011

Su madre le sonreía desde su cama, llevaba sentada allí desde que ella había empezado a vestirse tras salir de la ducha. Sentía que su cara no podía estar más roja y al final se giró para suplicarle que dejara de mirarla así, porque estaba dándole mucha vergüenza.

—Mamá, por favor...

—Estás muy guapa.

—Por favor —suplicó de nuevo.

—Vale, vale. —Su madre rio a la vez que levantaba las manos y alcanzó la revista que había al final del colchón para disimular, porque sabía que en realidad no la estaba leyendo.

Contempló su reflejo en el espejo y se puso los pendientes, mirando de reojo cómo su madre la observaba. Bueno, no iba a decirle nada más, porque la mujer estaba ilusionada con eso que llamaba «cita», lo que la ponía aún más nerviosa.

—Es muy mono —habló, sin poder estar un segundo más en silencio.

—¿Lo has visto acaso? —preguntó al girarse.

—Siempre te acompaña hasta la panadería, claro que lo he visto.

—¿Cómo sabes que ese es Corey?

—Porque no dejas de hablar de él.

Era cierto, casi siempre le hablaba a su madre de lo que Corey le contaba o de lo que hacía cuando le acompañaba a la panadería

tras las clases de teatro. Y la verdad era que se había fijado en él y le gustaba un poco.

—Es mono, ¿verdad? —acabó cediendo, a pesar de la calidez de sus mejillas.

—¿Te gusta?

—Sí...

—Lo dices como si no estuvieras segura.

—Me da vergüenza hablar de esto... —confesó—. Sí, sí que me gusta. Es muy atento y divertido, y siempre intenta animarme cuando estoy triste.

—¿Ves? Ya me gusta para ti. —Le guiñó un ojo—. Sabes que puedes contármelo. No voy a juzgarte por que salgas con chicos, tienes quince años.

—Lo sé, mamá. —Se sentó a su lado en la cama y la mujer se acercó para colocarle bien un mechón de pelo.

—Estoy muy contenta por ti.

—Yo estoy contenta por las dos.

—¿Por las dos?

—La panadería —explicó—. Por fin tiene el reconocimiento que merecía.

—Ya sabíamos que si la gente les daba una oportunidad a los ingredientes secretos de tu abuelo, sería un éxito. —Se sonrieron—. Además de que tenemos a la mejor decoradora de interiores —dijo con cariño, acariciándole la mejilla.

—¿De verdad?

—La panadería está preciosa y es gracias a ti.

Sabía que no iba a aguantar demasiado, pero su recuerdo seguía muy presente en sus vidas, apenas habían pasado dos meses. Cada vez que hablaba de la panadería se ponía a llorar. Trabajaba allí por las tardes, porque su madre quería que terminara la educación obligatoria antes de sumarse a la plantilla definitivamente.

—Mamá...

—Chsss... no llores, cariño.

Su madre la abrazó y ella se aferró a su cuerpo, cerrando los ojos para poder sentirla más cerca. Estar así con su madre era perfecto, pero echaba de menos poder perderse en el abrazo conjunto de sus padres, y aunque trabajar, el colegio, el diario, el teatro y, en esos instantes, Corey la tenían demasiado ocupada como para hundirse en sus pensamientos más tristes, seguía pensando en él diariamente. Lo tenía presente siempre.

—Lo echo de menos —susurró y sintió los labios de su madre besándole la coronilla.

—Yo también, mi vida.

Septiembre de 2012

—Toma, no quiero que se me olvide dártelo —dijo Corey y ella puso una mueca de sorpresa al ver una pequeña cajita adornada con un lazo—. Dáselo a tu madre cuando la veas.

—¿Qué es? —preguntó con interés.

—Me dijiste que el martes fue su cumpleaños y le cogí algo, es una tontería.

Se llevó la cajita al pecho y lo miró con ilusión. Siempre siempre había sido así de atento con su madre, y con esas cosas conseguía que se enamorara un poco más de él.

—Es todo un detalle, Corey. Muchas gracias.

El chico le dedicó un gesto tímido antes de inclinarse hacia ella, acortando las distancias. Se lamió los labios, preparándose para recibirlo, y sonrió levemente al sentir cómo la besaba con suavidad. Siempre lo hacía así y a ella le encantaba. Le acarició la mejilla y deslizó la mano hasta perderla entre sus rizos. Se había dejado el pelo más largo y de un tiempo a esa parte no podía

evitar acariciárselo, cuando se conocieron lo tenía rapado y le gustaba mucho el cambio.

Entreabrieron la boca y no tardó en sentir la lengua de su novio pidiendo permiso para entrar, ella se lo permitió y acompañó el movimiento con un pequeño suspiro. Escuchó su nombre escaparse de los labios de Corey y sus dedos apretados en su cintura. No era la primera vez que estaban así, los dos tumbados en la cama del chico y besándose, pero sí fue la primera vez que alargaron el momento, que se dejaron llevar, tal vez por eso terminó sintiendo algo distinto, algo nuevo.

—Dios, Mandy, lo siento. Lo siento mucho.

Corey se apartó de su cuerpo hasta arrodillarse en la cama y ella tardó unos segundos en reaccionar, porque no se lo había esperado. Cuando se incorporó lo vio ruborizado y con un cojín sobre su regazo. Suponía que tapaba lo que ella acababa de sentir en el muslo.

—N-no pasa nada, Corey...

Sentía cálidas las mejillas y no podía dejar de alternar la mirada entre las manos de su novio y su rostro ligeramente enrojecido por lo que había pasado.

—Mandy... Y-yo... No sé qué decir.

Ella se mordió el labio con el corazón acelerado y se acercó a él para volver a besarlo con suavidad, de la misma forma que siempre. Cuando se separó de él sentía nervios y vergüenza, y estaba segura de que Corey iba a decir algo, pero en el último segundo el chico cambió de idea y le devolvió el beso, esperaba que hubiese entendido lo que quería decirle, porque no sabía si le saldría en voz alta.

Nunca habían hablado sobre el sexo, llevaban más de un año saliendo y no habían ido más allá de aquellas minisesiones de besos. Cyndi ya lo había hecho, varias veces, de la primera hacía ya bastante tiempo... Quizás era hora de dar ese paso y sabía que con Corey iba a ser muy especial.